

ALGO MAS SOBRE EL MOVIMIENTO LOCAL

"Mientras me afeitaba pensé en los incidentes de la noche anterior. Algo andaba mal en mi afeitadora eléctrica. Tenía un zumbido. O tal vez lo que oía era el débil susurro del escepticismo".
V. CASPARY, *Final portrait*

Después de haber intentado establecer los fundamentos de una ontología de la naturaleza ¹ queremos ahora aplicarlos a un tema tan clásico cual es el del movimiento local; con el doble objetivo de intentar avanzar en el tema mismo, y de poner a prueba aquella ontología.

ARISTOTELES Y EL MOVIMIENTO LOCAL

No vamos a exponer aquí la conocida teoría de Aristóteles, lo cual sería altamente impertinente; pero sí queremos resumir aquello que, desde una posición aristotélica —esto es: desde dentro mismo de los textos del Estagirita— aparece como descuidado en el caso del movimiento local, retomando para ello brevemente cuanto en otro lugar hemos expuesto más por menudo. ² Señalábamos entonces que la unanimidad con que se acepta cual definición de 'movimiento' la de *Phys.*, 201 a 10: "El acto de lo que está en potencia, en tanto que tal", puede hacer perder de vista que es ésa, en verdad, una definición de *cambio* en general; debiendo buscarse más adelante, en *Phys.*, 226 a 1 ss., la aplicación al movimiento de traslación: "En sentido estricto, está en movimiento lo que se mueve con relación al lugar". A su vez, esto nos lleva a la necesidad de definir el *lugar*; el cual, siendo concebido cual "límite inmediato e inmóvil del continente" (*Phys.*, 212 a 20) resulta, al cabo, "una superficie, una suerte de recipiente" (*Phys.*, 212 a 28). Mas entonces aparece una dificultad insuperable en este contexto, pues si sólo se trata de una *superficie*, ¿qué sentido tiene pasar de "un lugar" a "otro", ambos definidos igual y exclusivamente en función de un límite, de una superficie? Porque si el lugar queda solamente caracterizado por una relación extrínseca entre esas entidades geométricas que son las superficies, no podrá existir alteridad que las distinga —no al menos naturalmente— ni movimiento local que se justifique.

Mas por cuanto la empiria urge, una lectura atenta de los textos nos conduce a que existe una coincidencia entre ente y lugar, entre límite y limitado (*Phys.*, 212 a 29); lo cual supone una relación de *contacto* a tener en cuenta. Ahora bien: estudiada esta relación en Aristóteles, nos hallamos nuevamente dependiendo del concepto de superficie (*Phys.*, 226 b 23 y b 21) y ahora con un doble agravante, pues a la ilicitud de recurrir a entidades geométricas para

¹ Cfr. nuestro trabajo: "Fundamentación de una ontología de la naturaleza", *Sapientia*, 1986, XLI, 121 ss.

² J. E. BOLZÁN, "Aristóteles y el movimiento local", *Revista de la Sociedad Argentina de Filosofía*, 1981, I, 15 ss.

resolver un tema *physico* se agrega el hecho del *imposible contacto* entre superficies: tal como a dos puntos sólo puede acontecerles estar distanciados o bien coincidir en uno único, así ocurre con las superficies.³ Conclusión esta sumamente grave porque si no puede existir contacto entre superficies, no habrá caso de "lugar" ni, *a fortiori*, de "cambio de lugar"; por lo tanto, nos quedamos sin posibilidad de movimiento local, aristotélicamente dicho.

¿Falla, pues, el movimiento local, o falla su caracterización? Parece más prudente aceptar que el defecto está de parte de la explicación, que no del hecho.

ONTOLOGIA DEL MOVIMIENTO LOCAL

Apliquemos ya al presente tema la ontología fundamental que hemos expuesto en el trabajo anterior citado.⁴ En él y cual consecuencia de nuestra Primera Conclusión Ontológica Fundamental: "Ser" y "ser dinámico es una misma e inescindible realidad", concluíamos en la esencial relacionalidad de "ser el ente"; por donde el cosmos resulta ser una pluralidad inter-activa de entes con-puestos, sin realidad intermedia que no sea ente. Vale decir que el *sistir* del ente es un *con-sistir*; y su posición en el cosmos, una *con-posición*. Porque si así no fuera no podríamos obtener conocimiento de nada, ni aun existiría cosmos alguno sino, en todo caso, una mera numerosidad de entes aislados, que ni numerosidad podría ser.

Consecuentemente todo ente natural queda, en primera instancia, afectado inter-dinámicamente en su ex-tensión, y coartado plurivalentemente por sus congéneres hasta dejarlo dinámicamente en su magnitud circunstancial.⁵ A esta primaria relación ente-ente(s) la denominaremos relación de con-tacto o, simplemente, *contacto*.

La relación de contacto

El estado de contacto entre cuerpos es una experiencia común ya en el plano de lo puramente doméstico, donde el sentido del tacto es el que nos pone en presencia del mundo exterior, como que se trata de una de las funciones más primitivas del ente biológico (sensación de presión o de roce). Pero si bien desde este punto de vista puede hablarse de "tacto", en sentido ontológico no hay caso de tacto que no lo sea de contacto, sin privilegios entitativos; pues por el "Principio de relacionalidad del ente"⁶ todo ente que toca a un congénere es necesariamente tocado por éste. Y aquí tenemos la primera expresión del inter-accionar de los entes.

³ J. E. BOLZÁN, "El tema del contacto en Aristóteles", *Filosofía oggi*, 1986, IX, 95 ss.

⁴ Cfr. artículo citado en nota 1.

⁵ El estado de contacto circum-stante, saturado, del ente —al cual nos referimos más adelante— pone actualmente de manifiesto tanto la limitabilidad del ente cuanto su limitación circunstancial. De modo tal que considerado este estado de cosas *desde el ente* y en función de sus límites que así se establecen, es posible hablar de la *magnitud natural* de ese ente, refiriéndonos con este término a su alcance dinámico actual, a su "ser hasta dónde", hasta dónde llegue en su circum-stancial inter-accionar.

⁶ Cfr. artículo citado en nota 1.

¿Qué es, pues, esta tan importante relación sin la cual no hay caso de cosmos?⁷

Hemos dicho más arriba que los entes no pueden “tocarse” según superficies, simplemente porque éstas no son realidades *physicas*; mas puesto que el estado de contacto es el resultado de aquella primordial co-sistencia del ente, es claro que habrá contacto en tanto haya entes y, consiguientemente, habrá que distinguir entre dos posibilidades de contacto que denominamos, respectivamente, *contacto original* y *contacto final*; o bien: contacto en general y contacto en particular. El primero de ellos se produce simplemente porque hay entes, y es el resultado inaugural del “Principio de relacionalidad del ente”, de ese ente que siendo esencialmente él y su operación, estará allí donde actúe, y estará necesariamente co-operando, sin importar la distancia existente entre los co-operantes: el contacto original de inter-acción se produce por la misma existencia de entes.

Esta esencial independencia de la inter-acción con respecto a la distancia no es más que una consecuencia de nuestra repetida Primera Conclusión Ontológica Fundamental (“ser” y “ser dinámico”...): si así no fuera y sólo se aceptara la inter-acción “a corta distancia”, o bien en el contacto final, ¿qué sucedería con esa inter-acción cuando se apartaran paulatinamente los entes: desaparecería en algún punto singular de esa trayectoria de apartamiento, disolviéndose en la nada? Y en el proceso de aproximación, ¿surgiría en algún momento, abruptamente, desde la nada?

El segundo tipo de contacto: final, o en particular, es el que habitualmente se sobreentiende cuando de “contacto” se habla: aquí se trata de una especificación del primero en tanto es aquí un contacto “tras el cual” es aún posible la aproximación de los entes en contacto original, hasta el “toque” recíproco que no permite “ir más allá” en ese proceso de acercamiento. Es especialmente de este tipo de contacto del cual nos ocuparemos inmediatamente, denominándolo simplemente *contacto*, por razones de simplificación.

Este contacto recíproco entre dos entes debe ser concebido, por exigencia misma de “ser el ente”, dinámicamente; y por cuanto nada le ocurre a “algo” del ente que no le acontezca al ente cual un todo, ese contacto aparece como un estado de equilibrio dinámico ente-ente que compromete, en cada caso, a *todo* el ente y no ya a una supuesta parte de él (su “superficie”). Por otra parte, si “ser” y “ser dinámico” es una misma e inescindible realidad, el ente, de sí mismo, no posee límites definidos y aisladamente considerado se distiende indefinidamente; mas en cuanto existe necesariamente “con otro”, *ipso facto* surge una recíproca coartación de los alcances o disipaciones de todo ente en función de la inter-acción. Pues bien: cuando tal recíproca coartación llega a su máximo se alcanza el *estado o relación de contacto*; relación caracterizada:

1. fenoménicamente, porque cada ente no deja “ir más allá” al otro, alcanzándose la máxima aproximación posible ente/ente.

⁷ Resumimos aquí en lo esencial nuestro trabajo: “El contacto natural”, que aparecerá en *Filosofía oggi*.

2. ontológicamente, por tratarse de un estado de equilibrio dinámico en las condiciones de mínima disipación de los entes "en contacto", en la medida en que están en contacto (co-incidencia final de esos entes).

Este estado o relación de contacto debe ser *inteligido* en función del radical dinamismo del ente y de ningún modo *imaginado*, pues si no se procediera de este modo se caería necesariamente en la imaginación de superficies: ya sea porque se imagine a los entes "tocándose", en el sentido vulgar del término; ya sea porque, aun admitiendo nuestra explicación, se imagine a esos entes como situados "a cierta distancia infinitesimal" uno de otro.

El contacto circum-stante

Así caracterizado el contacto, es claro que de todos modos nuestra búsqueda ha estado signada por el peligro sobre el cual advertíamos ya al finalizar nuestro trabajo anterior,⁸ a saber: sobre la violencia que a lo natural se hace al estudiar más o menos aisladamente un ente o un conjunto de entes; urgiendo también allá a intentar, inmediatamente a tal estudio, una síntesis integradora. Consecuentes con nosotros mismos encararemos ahora el problema integral del contacto.

Según lo dicho al referirnos al contacto y su inevitabilidad, resulta ahora que una pluralidad de entes reclama necesariamente una pluralidad de contactos: toda con-posición de entes significa con-ponerlos en contacto según una inter-acción que compromete a cada ente cual un todo. Considerado ahora el cosmos como un sistema de entes en contacto, todo ente interno al sistema quedará con-puesto entre sus congéneres, manteniendo con ellos un contacto recíproco que, para el caso, es un *contacto circum-stante*: múltiplemente rodeado y reclamado a una inter-acción pluralizada, el ente alcanzará su situación real en el cosmos según la limitación circundante a su "ser y ser activo". Un límite que es, en realidad —y no puede ser de otro modo— un inter-límite, un límite con...; un límite recíprocamente establecido puesto que de sí, insistimos, cada ente es, en su totalidad de "ser", limitable pero no limitado. Cuando esta circum-stancia contactual está equilibrada, esto es: cuando en la con-posición inter-activa no se produce resultado alguno más allá de una múltiplemente compensada actividad de los entes, diremos que el sistema de esos entes está en equilibrio (dinámico).⁹

Mas si en este equilibrio no se produce nada más allá de él, sí acontece algo *en* él; pues si ya en el "ser-con-otro" el ente en simple contacto descubrimos la existencial alteración recíproca de los entes, ahora, con esta generalización total del contacto en la circum-stancialización dinámica del ente por los entes nos hallaremos con la generalización total de la alteración del ente. Y en tanto el ente *es* necesariamente *en* el cosmos puesto que lo constituye,

⁸ Cfr. trabajo citado en nota 1.

⁹ Esta expresión: "equilibrio dinámico" es redundante dada la repetidamente dicha dinamicidad esencial del ente; y si a veces agregamos un (dinamismo) así, entre paréntesis, es al solo efecto recordatorio de esa inescindible dinamicidad de "ser el ente".

resulta que "ser el ente" es "ser alterado el ente": este es el modo concreto de su "ser relacionalmente"; su con-sistencia, en fin.

Es claro que este *estado* de alteración, por ser absolutamente general para todo ente, no puede ser observado o experimentado directamente sino sólo conceptualizado.

Ubicación y lugar

Ahora bien: este estado de con-posición total y restricción generalizada de un ente como resultado de su saturación de contacto es un nuevo modo de "ser el ente". En el contacto simple ente-ente, si bien aparecía ya alguna restricción de la irradiación indefinida del ente inter-limitando con el ente, todavía se nos "escapaba", quedaba ilimitadamente distendido precisamente en tanto no se trataba entonces de una inter-limitación omniabarcante. Mas frente al contacto circum-stante del ente con los entes, y considerada esa situación desde el estado de inter-limitación circunvalante del ente en el equilibrio, su "ser ahí" constituye su *ubicación*, su con-sistir en esa relación (dinámica) en situación como de contenido y continente, en la cual *todo* el ente —y *todos* los entes— queda(n) comprometido(s). El ente no *está*, simplemente, allí: *es* allí.

Es decir que "ser relacionalmente el ente" se concreta en esta situación cósmica de contacto circum-stante en equilibrio, según la cual "ser el ente" es "ser ubicado el ente"; ubicación que le corresponde necesariamente por el hecho elemental de su real con-posición cósmica. Siendo esto así, y por cuanto ese "ser ubicado el ente" supone el inescindible inter-dinamismo entre ubicado y ubicante(s), es claro que "poner" un ente en el cosmos es provocar la alteración tanto del contenido cuanto del (de los) continente(s). Esta ubicación y magnitud circum-stanciada del ente hace recordar inmediatamente el más habitual *lugar* del ente; mas cuando se repara en la *superficie* que es aquel lugar aristotélico es fácil verificar que ese lugar es algo extrínseco al ente y tanto que, en realidad, no es nada del ente: es algo del continente (y ni aun de éste, si ha de ser su "superficie"). Como consecuencia aquel lugar aristotélico no es algo del contenido ni del continente, y no expresa nada ontológico, debiendo ser cedido gentilmente a la ciencia la cual, correctamente ahora, lo tratará como la entidad geométrica que es, distinguiendo entre "superficie" y "superficie" —o entre "punto" y "punto"— al situar sus entidades en el contexto de las coordenadas métricas.

Siempre que exista una relación de contenido y continente(s) entre entes *psysicos*, en ese contacto se pondrá necesariamente en juego la esencial inter-dinamicidad de esos entes, sus mutuas inter-acciones. El lenguaje corriente es ya un indicador de esta dinamicidad pues al señalar que un cuerpo "está" en determinado lugar, lo que se significa es que "está ahí"; siendo esta una frase tan breve cuanto profunda, pues si bien el "ahí" resulta una suerte de simple indicación topológica y podría ser asimilado al lugar, la realidad apuntada en el total de aquella expresión no se agota en el simple señalamiento localizante sino que especifica el "ahí" con un determinante "está" (= "es"); y así es el

“ser” el que aparece ahora con toda su esencial dinamicidad: donde el ente “es”, actúa —“ser” es presencia— e inter-actúa —“ser” es copresencia— irrenunciablemente.

Considerada esta relación contenido/continente (s) en equilibrio (dinámico), el ente contenido estará *ubicado*; generalizando cósmicamente esta relación, “estar ubicado” significa que el ente mantiene una relación de equilibrio (dinámico) con el cosmos todo mediante el (los) ente(s) envolvente(s) inmediato(s): *estar ubicado* es algo intrínseco al ente.

Por consiguiente será necesario desechar el “lugar” —de sí extrínseco y geometrizable— en pro de la *ubicación*, natural e intrínseca al ente. Ubicación que continúa siendo, claro está, una relación; pero no es ya una relación puramente superficial ni una realidad estática que descarga toda esa endeble realidad del “lugar” de un ente en otro ente: el continente. El clásico “lugar” aristotélico no se refiere, a pesar de su intención, a un ente natural sino a uno imaginario, sin interioridad, con mero contacto dimensional.¹⁰

Por fin: el movimiento local

Bajo estas premisas toda pérdida del equilibrio contactual podría darse según dos posibilidades:

1. Por *desplazamiento de* uno de los entes del sistema.
2. Por *cambio en* uno de esos entes.

El primer caso nos lleva inmediatamente, puesto que supone remover uno de los entes, al clásico cambio por traslación o movimiento local o, abreviadamente, movimiento. Desde nuestro punto de vista de la ubicación del ente, ese movimiento. Desde nuestro punto de vista de la ubicación del ente, ese movimiento aparecerá ahora como alteración de la ubicación del ente en el sentido de estar el ente transitando desde un estado de (intrínseca) ubicación hacia otro estado de (intrínseca) ubicación. Y por cuanto esta ubicación no es sino la generalización total del estado de contacto y, en todo caso, un estado de generalizada alteración, el movimiento será ahora un *estar siendo alterado* el estado original de alteración del ente por estar variando su ubicación. Brevemente dicho: el estar sobrealterándose el ente por fluencia de ubicación. Más brevemente aún: presupuesto todo lo dicho acerca de la ubicación del ente, *traslación es fluencia de ubicación*.

De este modo el movimiento comporta ese tipo de “estar sobrealterándose el ente”, que es un real cambio intrínseco del ente y de ningún modo una

¹⁰ Cfr. el largo y cuidadosamente llevado cap. II: “De loco et spatio” en HOENEN, *Cosmología*, Roma 5^a, 1956, para ver el uso que se hace de este confuso concepto lógico-geométrico de “lugar”; lo cual es más patente en su “teoría de la localización” que sigue a esas páginas.

mera denominación extrínseca; pues tal como lo hemos dicho, al ente no puede acontecerle nada que le sea extrínseco, estrictamente hablando: lo que *le* pasa, intrínsecamente, en un compromiso *desde dentro* del ente. Y si por absurdo algo puramente extrínseco a él pudiera acontecerle, no nos interesaría.¹¹

Ahora bien: por tratarse de una ubicación concebida cual una generalizada con-posición del ente entre los entes, en una como saturación del "ser el ente relacionamente" y de modo tal que este ente está en relación de contacto mediata o inmediatamente con todos y cada uno de los entes que conforman el cosmos, resulta que el movimiento de *un* ente provocará, claro es, su sobrealteración; pero además ocasionará la sobrealteración concomitante de *todos* los entes. Dicho más específicamente aquí: la fluencia de ubicación de un ente provocará la fluencia de ubicación de todo ente. De otro modo expresado: *el estado de movimiento de un ente comporta el estado de movimiento de todo ente.*

No debe confundirse esta generalización del estado de movimiento con lo que corrientemente se denomina "reciprocidad del movimiento", en el sentido de que el distanciamiento de un cuerpo supone el distanciamiento de todos los cuerpos: en nuestro caso se trata de reales estados de movimiento y no de meras distancias resultantes de un movimiento habido; por otra parte, si esta reciprocidad es o no válida debe preocupar a la cinemática, no a la filosofía. Lo que precisamente queremos decir es que todo el cosmos se pone en movimiento si uno de sus entes lo hace; y dado que consta por la experiencia que *algo* está actualmente en movimiento, se debe concluir que *todo* está actualmente en movimiento en el cosmos. Sobre ello, y por cuanto el ente en movimiento es un ente cualificado y aun heterogéneamente cualificado con relación a sus congéneres, su fluencia de ubicación acaba siendo, en suma, un sucesivo contacto (interactivo) entre entes heterogéneamente cualificados; de aquí que el estado de movimiento de un ente provoque también y concomitantemente a la generalización cósmica de ese estado, un generalizado cambio cualitativo por la sucesivamente diferente relación de inter-acción ente/entes que así acontece.

Mas arribado a esta conclusión se nos viene como a las manos otra posibilidad de producirse la fluencia de ubicación: puesto que todo cambio cualitativo es asimismo una sobrealteración del ente o, mejor dicho, de los entes

¹¹ Cuando STO. TOMÁS, Q. disp. De Malo, q. 16, a. 10, resp., dice: "Per motum localem variatur corpus solum secundum aliquid extrinsecum, scilicet secundum locum", comete un error consiguiente a su concepto aristotélico de *locus*. Nótese, de paso, que este modo de concebir el movimiento local echa las bases inmediatas de la moderna cinemática (físico-matemática) mostrando así, desde el principio, cómo una conceptualización estática del ente conduce a otra cosa que a filosofía natural.

en inter-acción, al cambio de estado cualitativo del ente le será concomitante un cambio de ubicación puesto que se trata de un cambio del ente como totalidad, con la consecuente variación de su relación contactual circum-stante. Y esto es cabalmente cambio de ubicación. Por consiguiente: *en tanto hay proceso de cambio cualitativo, hay movimiento.*

Llegamos de este modo a una situación de perplejidad, pues si la fluencia de ubicación o movimiento se produce tanto si hay cambio cualitativo cuanto si hay traslación, resulta que:

a) esa *fluencia de ubicación* se transforma en la característica general del cambio, no específicamente de una de sus especies; o bien:

b) *todo cambio* conlleva movimiento, en una suerte de *panta rhei* heracliteano.

Pero entonces y ya sea que se acepte el primero o el segundo de los términos de la alternativa, es claro que el movimiento de traslación todavía merece atención pues tal parece que la empiria y la costumbre exigen una mejor especificación de nuestra parte. Por de pronto es evidente que aquello que inmediatamente pone de manifiesto a ese tipo de traslación que por razones de comodidad llamamos "movimiento local" (así, entre comillas) es su *observabilidad*; en tanto que aquel movimiento generalizado, producido por todo cambio cualitativo no es observable sino puramente inteligible cual nuevo *estado* de todos y cada uno de los entes cósmicos en función del observado —ahora sí— cambio cualitativo operándose en alguno de esos entes. Repárese en que esta pura intelección del inobservable estado cósmico de movimiento (fluencia de ubicación) provocado por la aparición de un ente que está cambiando cualitativamente, se sitúa en el mismo orden onto-gnoseológico señalado por la secuencia: dinamismo intrínseco de "ser el ente" —> exigencia del "otro" para "ser"—> alteración basal del ente por esa co-presencia (dinámica).

Parece claro que aquel "movimiento local" observable u observado no puede ser otra cosa que una alteración (sobre-alteración) circunstancial del *estado de movimiento* de un ente; lo que se observa: "movimiento local" clásica o vulgarmente dicho, se observa contra el trasfondo cósmico del *estado de movimiento*.

Resumiendo: existe un movimiento (fluencia de ubicación) como *estado*, inteligible sea a partir de un cambio cualitativo verificándose, sea a partir de un "movimiento local" observándose; este estado de movimiento es real y debe ser admitido como consecuencia necesaria de cuanto se ha dicho, esencialmente, de las condiciones de "ser el ente". Y existe un "movimiento local" obser-

vable u observado como resultado de la alteración ocasional de aquel estado; "movimiento local" que es verificable empíricamente en función de algún referencial considerado arbitrariamente —pero necesariamente— "en reposo".

Toda esta exposición parece complicar enormemente lo que en la filosofía natural aristotélica clásica se resuelve en un simple "cambio de lugar"; sin embargo estimamos que nuestra "complicación" es necesaria no solamente como consecuencia de nuestra propia fundamentación ontológica general sino también para la específica solución profunda de este problema. En efecto: si —como para el caso del cambio en general— no existiera un estado generalizado de movimiento como presupuesto del "movimiento local" realmente observado u observable, habría que admitir entonces que ese "movimiento local" surgiría como de la *nada de movimiento*, vale decir: del reposo absoluto. Mas admitido ello surgen inmediatamente dos gravísimos problemas, pues:

1) en tal eventualidad será necesario definir qué es el "reposo absoluto", y no parece que esto signifique algo;

2) quien "ponga en movimiento" deberá poder hacerlo desde aquella nada de movimiento; propiamente hablando: deberá *crear* el movimiento, y sobre ello deberá hacerlo o bien desde su propia nada de movimiento —desde su absoluto reposo— o bien desde su poseído estado de movimiento; lo cual sólo retrotrae el problema. Sea como fuere, siempre quedaría por resolverse la conmensurabilidad de su "estado de movimiento" con la "nada de movimiento" del ente a mover.

Claro es que la solución clásica a este problema del origen del "movimiento local" corre por muy antiguos canales —desde Demócrito al menos— que suponen dado desde siempre al ente ese "movimiento local" cual atributo existencial primario; mas debe ser ahora claro que es ésta una simple hipótesis *ad hoc* cual pretendida solución inmediata a la empiria del movimiento, y de un movimiento analizado desde una perspectiva que hoy podemos denominar científica-pseudofilosófica; porque a un análisis de esa empiria tal como el que hará incoativamente la física clásica se agrega una "definición" tan vasta ("acto del ser en potencia en tanto que tal") que no resulta específica del movimiento local sino que es genérica de todo cambio.

Al cabo: no existe en ese "movimiento local" supuestamente dado desde el comienzo del ente ningún fundamento ni necesidad ontológicos; mientras que la solución más compleja que proponemos se sigue necesariamente del modo mismo de "ser el ente" y de la mínima empiria que supone verificar la existencia de *un* movimiento (moviendo el dedo, si necesario fuere). Y el a veces

declarado incomprensible estado acto-potencial (siendo = no siendo) de un ente en "movimiento local" pierde aquí su sentido: es el ente mismo quien *es*, intrínsecamente, alterada y sobrealteradamente.

* * *

Henos aquí retornados, por esta vía, nuevamente al viejo Heráclito: "La armonía invisible es superior a la visible":¹² la una, reservada para quien arduamente la busque; la otra, a la mano.

Y no será ocioso destacar que, sin pretenderlo, hemos logrado una estrecha relación con el clásico "Principio de inercia" de la física; el cual, tomado en sus términos esenciales, se refiere a *estados* puramente teóricos y, al cabo, *ad hoc*: el estado de reposo y el estado de movimiento rectilíneo uniforme, imposibles ambos de ser verificados en tanto todo reposo es relativo y todo movimiento real es "disforme" (como decían los medievales), esto es: acelerado (positiva o negativamente) pues se cumple necesariamente con incoercible interacción de los cuerpos o, según nuestro modo de ver las cosas, con alteración del *estado* (alterado) de los entes.

J. E. BOLZÁN

Consejo Nacional de Investigaciones
Universidad Católica de La Plata

¹² DIELS-KRANZ, *Die Fragmente...*, Fr. 54.